EL SENTIMIENTO IRÓNICO DE LA VIDA

VICTORIA CAMPS

A LOS CINCUENTA años de la muerte de Unamuno, ¿qué se ha hecho de su sentimiento trágico de la vida? Pasaron la doctrina y el estilo de vida existencialistas. La exhortación de don Miguel a una "resignación desesperada" o una "desesperación resignada" es palabrería hueca. El absurdo, la nada, las faltas de la existencia no provocan náusea. Los hechos tal vez sean los mismos: no lo es la forma de describirlos o valorarlos. Sigue habiendo muerte, hastío, miseria, deslealtad, odio, ambición. Los hechos cambian poco. Lo que ha cambiado es la actitud ante ellos, que ya no es trágica, sino *irónica*. Esa es, por lo menos, una de las no pocas lecciones que extraigo de la narrativa de Kundera, hábil intérprete, sin duda alguna, del sentir y el pensar de nuestro tiempo. Tomás, el protagonista de *La insoportable levedad del ser*, transmite esa ironía preceptiva a la que me refiero. Cuando le ha sido vedado el ejercicio de su profesión de cirujano, por razones políticas, forzado a abandonar una carrera agraciada y a emplearse en una empresa de limpieza de escaparates, reacciona ante su situación de un modo, a primera vista, desconcertante. "Las cosas que hacía —narra el autor— no le importaban nada y estaba encantado. De pronto comprendió la felicidad de las gentes (hasta entonces siempre se había compadecido de ellas) que desempeñaban una función a la que no se sentían obligados por ningún *es muss sein* interior y que podían olvidarla en cuanto dejaban su puesto de trabajo. Hasta entonces nunca había sentido aquella dulce indiferencia".

Los delatores de las diversas alienaciones humanas se rasgarían las vestiduras ante semejante reflexión. No la juzgarían irónica, sino cínica, frívola, irresponsable. Es, sin duda, la antítesis del sentimiento trágico. También es la antítesis de la pasión revolucionaria dirigida a transformar el mundo. Es la aceptación sosegada —sin desesperación ni dramatismos— de las contingencias del presente. Si la llamo, con una generosa dosis de complacencia, "irónica", es porque la juzgo positiva, buena. La distancia, "la risa y el olvido" (otra conjunción de Kundera), tal vez sean el único antídoto sabio ante una existencia persistentemente amenazada por accidentes y vueltas imprevistas. Prescindir de las obligaciones interiores, mostrarse indiferente ante las circunstancias, liberarse de cualquier *es muss sein!* puede ser una prescripción inteligente y saludable. Más allá de las misiones y vocaciones personales, convertir lo pesado en leve, trivializar lo irremediable, puede significar sentirse libre. Pero conviene preguntarse, con más calma, de qué se trata: ¿de una prudente evocación de la *apatheia* estoica, o de una simple receta frívola para ahuyentar la infelicidad?

El texto de Kundera es sólo una muestra, lúcida, de una forma de ver y sentir la vida que impregna la cultura —estética, ética, política, incluso científica— de este fin de siglo. Una forma de ver la existencia como algo fundamentalmente *precario*. Lo que en tiempos fue desesperación ontológica, se ve sustituido por el *miedo* a las catástrofes, a lo imprevisible, a lo contingente. Guerras, terremotos, contaminaciones atmosféricas, fugas de gases, explosiones, terremotos, dictaduras, y un largo etcétera. Es y no es miedo a la muerte. Es miedo a esas muertes parciales, lentas, que provocan el desaliento y el disgusto por la existencia. Uno de los rasgos típicos del pensamiento joven es la inatención hacia la muerte como el gran misterio o la gran frustración, el final tremendo e implacable. Eso que, más que ninguna otra cosa, angustió a Unamuno. El existencialismo buscó desesperadamente la razón de la muerte, y la encontró en la propia culpa (fue el existencialismo cristiano), o proclamó con igual desespero su sinrazón. Pensamiento trágico, en cualquier caso. El sufrimiento o era castigo redentor o era inexplicable, un absurdo. Hoy nadie busca la justificación del dolor: éste no es más que un estorbo, un accidente que impide el goce de la vida. Cuando digo "dolor" o "sufrimiento" me refiero a cualquiera de las limitaciones humanas. Concomitante al olvido de la muerte individual como el drama de la existencia, es la incapacidad para pensar el futuro. Con lo cual se confirma la extinción de todos los ideales ilustrados, modernos: la razón, el progreso, el saber absoluto. El fracaso o la inviabilidad del sistema total y coherente, de los grandes programas. La incapacidad, seamos más concretos, para pensar, por ejemplo, el socialismo. Los principios firmes, la fe inquebrantable, las frases solemnes son moneda falsa. No hay arcadias, ni eternidad, ni final feliz. Todo eso se inventó para eludir la muerte. Pero el miedo nuestro no es el miedo a la destrucción definitiva: es el miedo a los desastres que mutilan parte de nuestras vidas, que en un momento deshacen lo que costó ilusión y esfuerzo. La vejez que degrada, la enfermedad fulminante, el trabajo insignificante, la envidia, la mezquindad, el desamor. Todo aquello que va minando la existencia, privándola de los mínimos espacios de felicidad y desahogo.

A falta de visiones de futuro y de concepciones totales, nuestro tiempo mira al presente y regresa al pasado. La poca credibilidad que merece la ciencia como guía de la acción, la desconfianza en la razón práctica, espolean a la imaginación. Una imaginación que es crítica y selectiva. Se ha hablado y escrito mucho sobre el pensamiento crítico, el único que parece estar a nuestro alcance. La crítica y la insatisfacción por el presente remiten al pasado en busca de modelos recuperables, de estilos de vida que despierten nuestra capacidad de mímesis. Los sofistas, Epicuro, Marco Aurelio, Rousseau, Hume, Wittgenstein; es decir, *pensiero debole*, decadente, asistemático, mal instalado o poco confiante en una existencia medio adversa. Las páginas perecederas encuentran mayor acogida porque admiten la variación de múltiples lecturas. El pla-

cer, el cuerpo, las pasiones, las formas se revalorizan frente a aquellas esencias no caducas pero, a todas luces, imperceptibles. La conciencia de las oposiciones es insalvable: lo público y lo privado, lo universal y lo singular, la ley y la convención. Pero se opta por el lado más efímero, el que no puede ser encerrado en conceptos: lo singular, lo convencional, lo privado. De ahí que se rehuya el sistema, porque *de singularibus non est scientia*. Ni la ciencia ni la ley, que hablan de generalidades, pueden decir lo que hoy queremos oír: la explicación de lo fortuito y lo inesperado. En lingüística triunfa la pragmática, en física se especula sobre la teoría de las catástrofes, la teoría sociológica trata de entender el conflicto, la sociedad política pierde credenciales frente a una nebulosa sociedad civil. Se acabaron las ideologías y las creencias que todo lo legitiman. En una palabra: a la teoría no le salen las cuentas.

La ironía es autoengaño. Quien ironiza se esconde a sí mismo los problemas fatales e insolubles. Por eso la filosofía anda hoy perdida: no le interesan las especulaciones conclusas, pero vacías, sobre los temas de siempre. Tampoco espera transformar radicalmente el mundo. Los *a priori*, los principios, los fundamentos se tambalean. Todo se historiza o se contextualiza. El significado lo da el uso. El lenguaje es un juego que, o se juega, o deja de existir. Las reglas no preceden a la acción: se constituyen con ella. La actitud irónica prefiere fingir ignorancia que entregarse a un pseudo-saber: un conocimiento que nunca será suficiente para despejar la duda. ¿Simulación? ¿Falsa modestia? No. Más bien se trata de la visión lúcida de que los opuestos y las escisiones son inevitables y constitutivos de la vida humana. Se acabó también el pensamiento dialéctico, la confianza en posibles y futuras *Aufbebungen*. No hay superación, sino reducción de un opuesto a otro. El discurso actual es analítico, busca diferencias en lugar de falsas y engañadoras síntesis. Porque todo concepto solemne es ambivalente, encierra bondad y maldad, verdad y error, según se mire: la igualdad, la belleza, la paz, el poder no son indiscutiblemente valores o disvalores. Depende de cómo, de qué manera, por qué medios se materializan.

Descartes utilizó la duda como método. Nosotros nos instalamos en ella y estamos seguros de que nada llegará a convencernos del todo. El sentimiento trágico expresa la desesperación ante lo irremediablemente perecedero y limitado. Como lo son nuestro conocimiento, nuestras leyes, nuestros sentimientos y nosotros mismos. La actitud irónica opta por no afrontar lo inevitable con excesiva seriedad. Los azares de la vida son, en realidad, premoniciones de la última gran estafa que es la muerte. Pero no es esa limitación definitiva la que de veras preocupa. Son las otras, las pequeñas y a la vez inconmensurables frustraciones cotidianas que van desengañando de vivir.

La ironía, el autoengaño, es un remedio porque es una defensa. No sentirse obligado, desvincularse de coacciones, de costumbres, aflojar las ataduras, borrar las huellas. La única forma de vencer a la suerte es reconciliarse con ella, aplaudirla, como el esclavo Epicteto predicaba. Los deberes, los hábitos, hacen la existencia previsible, igual. Esa existencia que Kierkegaard y Nietszche detestaban. Ambos, sin embargo, cuidaron de propugnar un pensamiento selectivo, con la repetición como criterio. Y ahí está, en efecto, la segunda parte, la pauta de aplicación del sentimiento irónico. Para que éste sea realmente saludable y, en definitiva, válido, muestra de vitalidad poderosa, ha de *saber elegir*. Saber elegir entre aquello que no ha de "pesarnos", y aquello que realmente importa, esto es, la acción segura que se hace con pleno deseo y con total entrega, la acción que se hace como si tuviera que repetirse eternamente. Saber elegir entre lo que *debe ser* querido, sin ironías ni distancias, y lo que no merece la adhesión de la voluntad. "Cualquier cosa que quieras, quiérela de tal modo que también quieras su eterno retorno". Tal era, para Nietzsche, el criterio moral del futuro. Al pensamiento crítico, negativo, sólo le queda la fe en la voluntad, o en la audacia de una vida capaz de salvarse a sí misma. El propio Unamuno no anduvo muy lejos de una propuesta similar, cuando vio en el ayer la fórmula de la eternidad:

"Es revivir lo que viví mi anhelo
y no vivir de nuevo nueva vida;
hacia un eterno ayer haz que mi vuelo
emprenda sin llegar a la partida,
porque, Señor, no tienes otro cielo
que de mi dicha llene la medida".